



FELIZ
Día del Padre



En muchas partes del mundo, el Día del Padre no es tan celebrado ni festejado como el Día de la Madre. Sin quitarle nada a la tremenda importancia e influencia que tienen las mamás en la vida de sus hijos, queremos pensar en los padres por unos momentos.

Pablo escribió a los efesios que toda familia recibe nombre del “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 3.14-15). Nos enseña que si queremos ver una relación ejemplar entre padre e hijo, debemos mirarlos a ellos. Usted sabrá que un hijo se parece mucho en todo aspecto a su padre, sea en lo físico, en los gestos, las emociones, o aun en la forma de expresarse. Vemos precisamente lo mismo con Dios y su Hijo, Jesucristo. Juan escribe sobre este tema: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn 1.18). Si usted quiere saber cómo es Dios, mire al Hijo.

Pero haga una pausa y recuerde que en este mismo capítulo Juan nos habla de la venida del Hijo a este mundo, enviado por el Padre: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad (autoridad) de

ser hechos hijos de Dios” (Jn 1.11-12). Esto significa que nosotros no nacimos siendo hijos de Dios, o sea, Dios no es el Padre de todos. Una vez que uno confía en Cristo, el Hijo único de Dios, es hecho un hijo del Padre celestial, el Dios que creó todas las cosas. ¿Tiene usted esta experiencia en su vida?

En más de 100 ocasiones en el evangelio de Juan, Cristo hace referencia a su Padre, muchísimas más veces que en cualquier otro libro de la Biblia. Aprendemos en este evangelio que “el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn 4.23), pero es imposible adorarlo sin conocerlo. El Señor explica que “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Jn 5.22), una verdad que debería preocupar a toda persona que no tiene la salvación. Jesús nos dice: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay” (Jn 14.2). Pero ¿cómo llegaremos a esa casa? Él mismo contesta la pregunta: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn 14.6). Más claro no canta el gallo: sin llegar al Hijo es imposible llegar al Padre.

Piense en estas palabras: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Jn 5.30), y esta voluntad fue costosa para Cristo.

Él tuvo que dar su vida en aquella cruz tan vil para que usted pueda tener paz con Dios, una relación con Él como su Padre celestial, y a Jesucristo como su Señor y Salvador.

Marcos Caín



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com